



Una reflexión personal. (2.^a de dos partes).

Como sea, llegó este amago de diluvio, un fin de semana empecé con el reacomodo y los libros terminaron en los libreros de la Sala (de la Sala donde trabajo se entiende, porque no hace mucho sentido andarlos llevando de la sala al comedor o del comedor a la sala visto que las goteras llagaron hasta la cocina y vivo en un área de seis por seis metros); no podía yo dejar que los pobrecitos murieran ensopados.

Huelga decir que desde que Camila se fue, la paz volvió a su alma de papel; buenas zarandeadas les dio la canalla por lo menos a don José Fuentes Mares y a Camilo José Cela (¿o era Octavio Paz?); y tenía azorrillados a Arturo Pérez Reverte y a Almudena, quienes no se atrevían a descender a la parte baja del librero; así la cuestión, no era cosa de que, librados de las fauces de una, fueran a dar con sus huesecillos de tinta al suplicio del ahogamiento. Me llevé, pues, los infaltables; y me quedé con los imprescindibles.

Resulta, como he dicho, que presa de un arrebató me deshice de los adminículos necesarios para leer vía electrónica, seguro de que mis libros quedarían a buen recaudo en la persona de Adolfo, quien por aquellos tiempos me merecía más confianza y lo miraba sólido, comprometido, lo suficiente como para hacer de él el custodio de mi herencia variopinta y literaria. Eso fue antes de que al bodoque le entrara la ventolera de la escribidera; pues, una vez que la inspiración, lo hizo su presa, se fue con viento fresco —y con otro buen montón de libros bajo el brazo— a estudiar allende estos lares, dejándome con la zozobra de qué hacer con resmas de papel con vocación de huérfano (María, cuando estaba chiquita y la protobiblioteca en su cuarto, se quejaba a voz en cuello de por qué su papá “*sería tan libriento*”).

Habría yo consentido, sin sucumbir, con esa péfida realidad de no ser, repito, por el asunto de las lluvias. ¿Dónde carajos voy a meter ese librero? Misterio. Como el niño gordo de las hamburguesas, libreros de la Sala *ya llevo cuatro* (bueno, uno tiene un huequito). Una alternativa sería que, como a Hércules —toda proporción guardada—, cuando me muera los hagan túmulo, me trepen y le prendan fuego; el asunto es ¿quién me va a subir? ¿Y si me les caigo? ¿Y si al primer arrimón de lumbre empiezo a chisporrotear como luz de bengala? Por no hablar de que los del Municipio se pongan sus moños de que es mucha la contaminación y hace buen rato, *legalmente*, a nadie incineran al aire libre y a cielo abierto.

Si a eso le suma Usted que con la computadora, los tocas, los cargadores, los celulares, los dos pares de lentes, las llaves, las plumas, los lápices bicolor, los marcatextos, el *englishbuc* y la novela infaltable, mi maletín pesa como el alma de un condenado... lo cierto es que tengo la espalda más chueca que Cuasimodo; y, como la yegua del corrido que canta Lorenzo de Monteclaro, avanzo rengueando y con la carga ladeada. No camino, tiro de mí.

El Devenir de Chihuahua - La carga de la yegua o de mi espíritu ecológico

Escrito por Luis Villegas Montes
Lunes, 01 de Octubre de 2018 10:27

Por eso, he decidido empezar a leer vía electrónica. Ni modo. Que se me cuezan los ojos y se me achicharren las pestañas. Todo sea por no dejar de leer, salvar un árbol y enderezar tantito el espinazo.

Contácteme a través de mi correo electrónico o sígame en los medios que gentilmente me publican, en Facebook o también en mi blog: <http://unareflexionpersonal.wordpress.com/>

Luis Villegas Montes.

luvimo6608@gmail.com , luvimo6614@hotmail.com

□